

menores de los programas dirigistas cuyo objetivo es convertir cualquier manifestación masiva —en este caso, el espectáculo taurino— en exponente de los valores defendidos desde los estamentos de poder.

El control de la dimensión informativa de la práctica festiva permite consolidar una imagen capaz de perpetuar las constantes dominantes de la cultura oficial. En este sentido, siguiendo el análisis de Maravall, se desarrolla una intensa acción de dominio en torno a los factores identitarios del rito taurino, cuyo fin es movilizar los resortes extrarracionales en el componente emotivo de las personas, paso previo a su plena integración en el código de conductas sociales e ideológicas.

De todos los valores transmitidos por las terminales informativas del régimen franquista (mediáticas, pero también las canalizadas a través de diversas manifestaciones sociales, impresas y audiovisuales), sin duda los de mayor calado y mayor transcendencia histórica fueron los tendentes a la labor apologética de principios ideológicos y socioeconómicos básicos en la vertebración política de la dictadura.

Por una parte, la identificación de la tradición taurina con España, algo que ya había estado presente en discursos culturales anteriores, pero que ahora adoptaba el tamiz del nacionalismo casticista, reaccionario y de raíz excluyente, el que se asienta sobre fundamentos ideologizados y únicos, por el que, sobre las referencias nacionales, se superponía la vigencia identitaria del régimen franquista en su devenir histórico.

El editorial de la revista *El Ruedo* (número 1639, 25 de noviembre de 1975), en su monográfico dedicado a la muerte de Franco, es sintomático de la profunda confluencia entre el proyecto franquista y la fiesta como exponente de tales valores: “Franco era un aficionado —el primer aficionado— fiel y constante, que aprovechaba todas las ocasiones posibles para rendir tributo a esta afición...porque los toros le gustaban, quizá como una prueba más de su profundo sentido de todo lo español...Por eso tenemos que decir ahora, con los ojos enrojecidos por el llanto que su muerte nos provoca, que Franco ha sido el primer aficionado de España, igual que fue el más español de todos los españoles”.

Otro aspecto revelador de la utilización interesada de la imagen de la fiesta se observa en la glorificación del héroe —el diestro— como representación sublimada de las aspiraciones y experiencias de la ciudadanía. No me refiero aquí al uso explícito de algunas manifestaciones partidistas de matadores representativos convenientemente aireadas por la maquinaria propagandística del régimen, desde *Manolete* a Luis Miguel *Dominguín*, sino al caso de *El Cordobés* por su singular transcendencia en el devenir posterior de la imagen de la fiesta.

En el caso del legendario diestro convergían varios factores que contribuyeron a su conversión en instrumento ideológicamente integrador e imagen de anhelos colectivos:

- La aparente heterodoxia de su tauromaquia responde, paradigmáticamente, a uno de los mecanismos de mayor incidencia social de las culturas conservadoras y misoneístas: la novedad, la invención, el artificio y el barroquismo de lo externo ocultan una mentalidad reaccionaria, pues se pretende perpetuar un orden establecido rígidamente reduciendo los cambios a innovaciones que sólo afectan a lo superficial, a la mera formalidad, aunque emocionalmente resulten impactantes. Según una premisa del dirigismo en las culturas de masas, la irrupción de extravagancias compensa la privación de libertad y la neutralización de transformaciones en órdenes de mayor transcendencia.
- En segundo lugar, la imagen difundida del diestro cordobés suponía la expresión de la verticalidad social, en una época, la del desarrollismo y la apertura a una economía basada en el turismo, que se tradujo en un aburguesamiento de la sufrida sociedad española, con una clase media que comenzaba a librarse del lastre de la posguerra. El impacto biográfico de un desclasado, con orígenes que se remontaban a la profundidad de la España rural y picaresca, capaz de alcanzar el éxito merced a su tesón y a su carácter, respondía a un interés identitario plenamente arraigado en las nuevas orientaciones del franquismo.
- El tercer factor que se sumó a la consolidación de una determinada imagen social de la fiesta surgió de un folklorismo kitsch, vinculado con una visión sesgada y tranquilizadora del andalucismo, la que entroncaba con la tradición del costumbrismo conservador y reduccionista. Esta imagen, de fundamento económico en plena época de marketing de la costa es-

pañola como lugar de veraneo para el turismo nórdico, se asoció inmediatamente a lo taurino a través de una campaña masiva publicitaria en la que se vieron implicados todo tipo de productos, lugares, etc.

Este es el bagaje con el que la fiesta taurina afrontó los difíciles años del derrumbamiento del régimen, aportando una profunda simbiosis que había hecho olvidar la imagen difundida desde el discurso artístico de la generación del 27, con la propuesta lorquiana, por ejemplo, que se había acercado a los toros por su potencial fuerza irracional, con un sentido de la muerte y de la energía vital profundamente antiburgués, relacionado con las tradiciones más puras del primitivismo hispánico, como el cante.

2. Década de los 80: legitimación

La fiesta taurina encara los difíciles de la transición con un lastre importante en todo lo referente a su imagen y a su proyección pública. Convertida en exponente de la más rancia españolidad y abanderada de la derecha triunfante, se va a ver inmersa en el rigor del enfrentamiento político, en una etapa de búsqueda de discursos propios entre los emergentes partidos, inexpertos tras un paréntesis de décadas. La izquierda, por una parte, la desdén por su proximidad al ideario fascista y los nacionalismos hacen lo propio como parte de su proyecto reivindicativo del *ethos* propio frente a todo lo que se identifica con España.

Si tomamos como referencia del problema social vivido por la fiesta las manifestaciones de esta última tendencia, comprobaremos hasta qué punto se había deteriorado su dimensión mediática.

En un magnífico ensayo, el antropólogo Manuel Delgado² recoge testimonios de los periódicos catalanes donde se evidencia cómo la simbiosis operada durante cuarenta años entre la tauromaquia y el programa de acción política franquista sirvió de coartada para las polémicas identitarias, cuyo resultado fue un importante retroceso en la proximidad social al fenómeno taurino: “si els forasters als qui agrada vénen a treballar benvinguts siguin, però si es tracta de crear problemes amb els braus ja poden tornar a casa seva”; “Catalunya ha estat aliena històricament a la tauromaquia espanyola” Se trata de dos testimo-

² *Diversitat i integració. Lògica i dinàmica de les identitats a Catalunya*, Barcelona, Empúries, 1998.